

JEFFREY ARCHER

Hijos de la fortuna



Hartford, Connecticut, finales de los años 40. Dos gemelos son separados al nacer por culpa de una enfermera desesperada. Nat Cartwright se va a casa con sus padres, una maestra de escuela y un vendedor de seguros. Sin embargo, su hermano gemelo comienza sus días como Fletcher Andrew Davenport, hijo del adinerado director de una empresa y su esposa.

Durante los años siguientes, los dos hermanos crecen sin saber de la existencia del otro. Nat interrumpirá sus estudios en la Universidad de Connecticut para ir a luchar a Vietnam. A su regreso como héroe de guerra, acaba su licenciatura y se convierte en un exitoso ejecutivo bancario. Mientras tanto, Fletcher se ha graduado en la universidad de Yale y empieza a destacar como abogado defensor antes de ser elegido senador.

A medida que sus vidas avanzan, ambos hombres se enfrentan a la tragedia y a las adversidades, a la pérdida y la traición. Los dos salvan los obstáculos que les va poniendo la vida hasta convertirse en los hombres que están destinados a ser.

Para Alison

LIBRO PRIMERO

GÉNESIS

1

A Susan se le cayó el helado de lleno sobre la cabeza de Michael Cartwright. Fue el día que se conocieron, o eso dijo, al menos, el padrino de Michael cuando Susan y él se casaron, hacía veinte años.

En aquella época, los dos tenían tres años, y cuando Michael se echó a llorar, la madre de Susan corrió a ver qué había pasado. Lo único que Susan consintió decir al respecto, y lo repitió varias veces fue: «Bueno, se lo ha buscado, ¿no?». Susan se ganó una buena azotaina. No es el comienzo ideal para ningún romance.

El siguiente encuentro del que se tenía constancia entre ambos, según su padrino, fue cuando ambos empezaron la escuela primaria. Susan declaró con aires de suficiencia que Michael era un llorón y, lo que es peor, un chivato. Michael les dijo a los demás chicos que estaría encantado de compartir las galletas con cualquiera que estuviera dispuesto a tirarle a Susan Illingworth de las coletas. No fueron muchos los que lo intentaron dos veces.

Al final de su primer curso en la escuela, Susan y Michael quedaron empatados en el puesto de la clase. A su tutora le pareció la mejor estrategia para evitar incidentes como el del helado. Susan le contó a sus amigas que la madre de Michael le hacía los deberes, a lo que Michael respondió que por lo menos se los hacía imitando su letra.

La rivalidad permaneció impertérrita en Secundaria y Bachillerato hasta que sus carreras académicas se separaron en distintas universidades, Michael a Connecticut State y Susan a Georgetown. Se pasaron los siguientes cuatro años tratando de evitarse con todas sus fuerzas. De hecho, la siguiente vez que sus caminos se cruzaron fue, irónica-

mente, en casa de Susan, cuando sus padres decidieron organizarle a su hija una fiesta sorpresa por su graduación. La mayor sorpresa no fue que Michael aceptara la invitación, sino que se presentara.

Susan tardó un poco en reconocer a su antiguo rival, en parte porque había crecido diez centímetros y era, por primera vez desde que se conocían, más alto que ella. Hasta que Michael no respondió «Espero que esta vez, por lo menos, no me lo tires encima» cuando ella le ofreció una copa de vino, no se dio cuenta de quién era aquel alto y apuesto joven.

–Dios, me portaba fatal contigo, ¿no? –dijo Susan, esperando que él la contradijera.

–Sí, fatal –dijo–, pero supongo que me lo merecía.

–Sí que te lo merecías –respondió ella, mordiéndose la lengua.

Se pusieron a charlar como si fueran viejos amigos, y a Susan le sorprendió lo mucho que le molestó que una compañera de Georgetown se les uniera y se pusiera a coquetear con Michael. No volvieron a hablar en toda la noche.

Michael la llamó por teléfono al día siguiente y la invitó a ver *La costilla de Adán*, de Katharine Hepburn y Spencer Tracy. Susan ya había visto la película, pero se sorprendió aceptando, y le sorprendió la cantidad de tiempo invertido en probarse distintos vestidos antes de que Michael se presentara a aquella primera cita.

Susan disfrutó de la película, aunque fuera la segunda vez que la veía, y pensó en si Michael le rodearía los hombros con el brazo cuando Spencer Tracy besara a Katharine Hepburn. No lo hizo. Pero cuando salieron de la sala de proyecciones, le tomó la mano para cruzar la calle, y no se la soltó hasta que llegaron a la cafeterías. Ahí fue cuando tuvieron su primer, bueno, su primera desavenencia. Michael admitió que iba a votar a Thomas Dewey en noviembre, mientras que Susan dejó cristalino que prefería

que Harry Truman permaneciera en la Casa Blanca. El camarero depositó una copa de helado frente a Susan. Ella clavó los ojos en ella.

–Ni se te ocurra –le advirtió Michael.

A Susan no le sorprendió que la llamara al día siguiente, aunque llevaba una hora sentada al lado del teléfono haciendo como que leía.

Aquella misma mañana, durante el desayuno, Michael le había reconocido a su madre que había sido amor a primera vista.

–Pero si conoces a Susan desde hace años –señaló su madre.

–No, no la conocía, mamá –contestó—. La conocí ayer por primera vez.

A ambas parejas de progenitores les complació, si bien no les sorprendió, que se comprometieran un año después, porque, después de todo, apenas sí habían pasado un día separados desde la fiesta de graduación de Susan. Los dos habían conseguido trabajo nada más graduarse, Michael como aprendiz en la compañía de seguros de vida Hartford y Susan de profesora de Historia en el Instituto Jefferson, así que decidieron casarse durante las vacaciones de verano.

Lo que no habían planeado fue que Susan se quedara embarazada durante su luna de miel. Michael no consiguió ocultar su alegría ante la perspectiva de la paternidad, y cuando el doctor Greenwood les comunicó, en el sexto mes de gestación, que serían gemelos, su alegría se vio multiplicada por dos.

–Bueno, así nos ahorramos un problema –fue su primera reacción.

–¿Cuál? –preguntó Susan.

–Uno puede ser demócrata y el otro republicano.

–No si yo puedo evitarlo –dijo Susan, acariciándose la barriga.

Susan siguió dando clase hasta el octavo mes de gestación, que afortunadamente, coincidió con las vacaciones de Semana Santa. Llegó al hospital el día veintiocho de su noveno mes de gestación con una maleta pequeña. Michael salió temprano del trabajo y se reunió con ella en cuestión de minutos, con la buena nueva de que le habían ascendido a ejecutivo de cuentas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Susan.

—Es una manera bonita de decir vendedor de seguros —le dijo Michael—, pero lleva asociado un pequeño aumento, y eso solo puede ser de ayuda, ahora que tenemos dos bocas más que alimentar.

Cuando Susan estuvo instalada en su habitación, el doctor Greenwood sugirió a Michael que esperar afuera durante el parto, porque en los de gemelos solía haber complicaciones.

Michael deambuló de arriba abajo por el largo pasillo. Cuando llegó a la altura del retrato de Josiah Preston que colgaba en la pared del fondo, dio media vuelta y desanduvo sus pasos. Durante aquellas primeras deambulaciones, Michael no se detuvo a leer la larga biografía impresa bajo el retrato del fundador del hospital. Cuando el médico salió por las puertas dobles, Michael se sabía la historia de la vida de aquel hombre de memoria.

Aquella silueta enfundada en verde se acercó despacio a él tras quitarse la mascarillas. Michael trató de interpretar la expresión de su rostro. En su profesión, era una ventaja ser capaz de descifrar expresiones, indicios de que alguien se lo estaba pensando mejor, porque cuando se trataba de vender seguros de vida, había que anticiparse a las posibles preocupaciones que el cliente pudiera tener. Sin embargo, en lo que a su propia póliza de vida respectaba, el médico no reveló nada. Una vez frente a frente, sonrió y dijo:

—Enhorabuena, señor Cartwright, ha tenido dos hijos sanos.

Susan había dado a luz a dos muchachos, Nathaniel, a las 16:37 y Peter a las 16:43 de aquella misma tarde. Los padres hicieron turnos para acunarlos durante la siguiente hora hasta que el doctor Greenwood sugirió que tal vez la madre y los bebés debería descansar.

–Alimentar a dos recién nacidos ya es agotador de por sí. Los llevaré al nido para que pasen la noche en cuidados intensivos –añadió–. No hay de qué preocuparse, es la práctica habitual con los gemelos.

Michael acompañó a sus dos hijos al nido, donde volvieron a pedirle que esperara en el pasillo. El orgulloso padre apretó la nariz contra el panel de cristal que separaba el pasillo de la hilera de cunas, mirando a los niños mientras dormían, deseoso de poder contarle a cualquiera que pasara que «los dos eran suyos». Sonrió a la enfermera que montaba guardia junto a su cuna, que tenía la mirada, vigilante, en los recién llegados. Estaba poniéndoles unas pulseritas con sus nombres alrededor de las muñecas diminutas.

Michael no supo decir cuánto tiempo estuvo allí antes de volver junto a la camilla de su mujer. Cuando abrió la puerta, le alegró ver que Susan estaba profundamente dormida. La besó con delicadeza en la frente.

–Te veo por la mañana, cielo, antes de irme a trabajar –dijo, ignorando el hecho de que ella no estuviera oyendo una palabra de lo que decía. Michael se marchó, recorrió el pasillo y entró en el ascensor, donde vio que el doctor Greenwood se había cambiado el pijama verde de cirujano por una chaqueta deportiva y unos pantalones de franela gris.

–Ojalá todos los partos fueran tan fáciles –le dijo al orgulloso padre cuando el ascensor se detuvo en la planta baja–. De todas maneras, me pasaré por aquí esta noche, señor Cartwright, para ver cómo están su mujer y los gemelos. Aunque no espero que haya problemas.

–Gracias, doctor –dijo Michael–. Gracias.

El doctor Greenwood sonrió, y se hubiera marchado en coche a casa de no haber visto a la elegante señora que cruzaba en aquel preciso instante las puertas batientes. Se apresuró para alcanzar a Ruth Davenport.

Michael Cartwright miró hacia atrás y vio que el médico le aguantaba la puerta del ascensor a dos mujeres, una muy embarazada. Una expresión de inquietud borró la cálida sonrisa del doctor Greenwood. Michael esperaba que el nuevo parto que atendiera el médico fuera tan fácil como el de Susan. Se dirigió hacia su coche, tratando de pensar qué tenía que hacer a continuación, aún incapaz de borrar la amplia sonrisa de su rostro.

Lo primero que tenía que hacer era llamar a sus padres..., que ya eran abuelos.

2

Ruth Davenport tenía asumido que aquella era su última oportunidad. El doctor Greenwood, por motivos profesionales, no hubiera sido tan directo, aunque tras dos abortos en los mismos años, no podía aconsejar a su paciente el riesgo de volver a quedarse embarazada.

Robert Davenport, por su parte, no se regía por la misma etiqueta profesional, y cuando supo que su mujer estaba encinta por tercera vez, fue tan directo como siempre era. Sencillamente, pronunció un ultimátum: «Esta vez te lo vas a tomar con calma», un eufemismo para decir «ni se te ocurra hacer nada que interfiera con el nacimiento de nuestro hijo». Robert Davenport también daba por hecho que su primogénito sería un varón. Sabía que iba a ser difícil, si no directamente imposible, que su mujer «se lo tomara con calma». Al fin y al cabo, no dejaba de ser la hija de Josiah Preston, y había quien decía que de haber sido Ruth un muchacho, habría sido ella, y no su marido, a quien hubiera terminado presidiendo Preston Pharmaceuticals. Pero Ruth tuvo que conformarse con el premio de consolación cuando sucedió a su padre como presidente de la fundación benéfica St Patrick's Hospital Trust, una causa a la que la familia Preston llevaba años contribuyendo.

Aunque algunos de los miembros más antiguos de la fraternidad de St Patrick no estaban del todo convencidos de que Ruth Davenport estuviera hecha de la misma pasta que su padre, tardaron apenas semanas en darse cuenta de que no solo había heredado la energía y el arrojo del anciano, sino que también le había traspasado su gran sa-

biduría y conocimiento, características que no solían prodigarse en hijos únicos.

Ruth no contrajo matrimonio hasta los treinta y tres años. No fue, desde luego, por falta de pretendientes, muchos de los cuales se cruzaban en su camino afirmando devoción eterna a la heredera de los millones de los Preston. Josiah Preston nunca tuvo que explicarle a su hija qué era un cazafortunas, porque lo cierto es que, sencillamente, no se había enamorado de ninguno de ellos. De hecho, Ruth estaba empezando a dudar de su capacidad para enamorarse... hasta que conoció a Robert.

Robert Davenport dejó su puesto en Roche para trabajar en Preston Pharmaceutical después de haberse licenciado en la Johns Hopkins y en la Harvard Business School por lo que su padre describió como «el carril rápido». En la memoria de Ruth, era lo más cerca que el anciano había estado nunca de usar una expresión moderna. A Robert lo nombraron presidente a la edad de veintisiete años, y a los treinta y tres fue designado el vicepresidente más joven de la historia de la empresa, rompiendo el récord que había establecido el propio Josiah. Aquella vez Ruth se enamoró de un hombre que no se mostraba ni cohibido ni deslumbrado por el apellido Preston o los millones que llevaba asociados. De hecho, cuando Ruth sugirió que quizá debería cambiarse el apellido por Preston-Davenport, Robert se limitó a preguntar:

—¿Y cuándo me vas a presentar a ese tal Preston-Davenport que pretende impedir que me convierta en tu marido?

Ruth anunció que estaba embarazada apenas semanas después de su boda, y el aborto fue la única mancha en una existencia, por lo demás, beatífica. Sin embargo, aquel asunto no tardó en convertirse en una nube de tormenta en un cielo completamente despejado, por lo demás, cuando once meses después volvió a quedarse embarazada.

Ruth estaba presidiendo una reunión de la junta de Hospital Trust cuando empezó a tener contracciones, así que solo tuvo que subir dos pisos en el ascensor para que el doctor Greenwood pudiera efectuar el chequeo pertinente. Sin embargo ni su experiencia ni la dedicación de su equipo, ni su equipamiento médico de última tecnología pudieron salvar al niño prematuro. Kenneth Greenwood no pudo evitar recordar que, al principio de su carrera como médico, se había enfrentado al mismo problema cuando había asistido el parto de Ruth, y durante una semana entera todo el personal del hospital dudó que la bebé fuera a sobrevivir. Y, ahora, treinta y cinco años después, la familia estaba reviviendo el mismo trauma.

El doctor Greenwood decidió hablar en privado con el señor Davenport para sugerirle que tal vez había llegado el momento de que empezaran a considerar la posibilidad de adoptar. Robert coincidió con él de mala gana, y dijo que lo hablaría con su mujer en cuanto la viera repuesta.

Transcurrió un año entero hasta que Ruth accedió a visitar una agencia de adopción, y, en una de esas coincidencias que decide el destino y en las que los novelistas ni siquiera se permiten pensar, se quedó embarazada el día que tenía prevista una visita a un orfanato de la zona. Aquella vez Robert estaba decidido a asegurarse de que ese error humano no fuera el motivo que evitara la llegada de su hijo a este mundo.

Ruth siguió el consejo de su marido y dimitió como presidenta del Hospital Trust. Incluso accedió a contratar a una enfermera a jornada completa para que –palabras literales de Robert– le echara un ojo. El señor Davenport entrevistó a varias solicitantes para el puesto y redujo la lista a aquellas que consideraba que reunían las cualidades necesarias. Pero su elección final se basó única y exclusivamente en su convencimiento de que la postulante tenía suficiente fuerza de espíritu para garantizar que Ruth

mantuviera su acuerdo de «tomárselo con calma» e insistir en que no recayera en el viejo hábito de querer organizar todo lo que se le ponía por delante.

Tras una tercera ronda de entrevistas, Robert se decantó por la señorita Heather Nichol, que era una enfermera veterana de la planta de maternidad del St Patrick. Le gustó que no se anduviera con chiquitas y que no estuviera casada ni hubiera sido bendecida con una apariencia física que propiciara que esa situación fuera a cambiar en un futuro cercano. Sin embargo, lo que terminó de inclinar la balanza fue que la señorita Nichol hubiera traído a este mundo a más de mil niños.

A Robert le encantó lo rápido que la señorita Nichol se asentó en la casa y, a medida que iban transcurriendo los meses, comenzó incluso a confiar en que no tendrían que enfrentarse a aquel problema una tercera vez. Cuando Ruth pasó el quinto, el sexto e incluso el séptimo mes sin que se produjeran incidentes, Robert incluso se atrevió a sacar el tema de posibles nombres de bautismo: Fletcher Andrew si era un chico, Victoria Grace si era una niña. Ruth expresó una única preferencia: que si era niño, lo llamaran Andrew, aunque lo único que quería era alumbrar una criatura sana.

Robert estaba en Nueva York, asistiendo a una conferencia médica, cuando la señorita Nichol lo sacó de un seminario para informarle que su esposa había comenzado con contracciones. Aseguró que tomaría inmediatamente el tren de vuelta y cogería un taxi desde la estación directamente a St Patrick.

El doctor Greenwood estaba saliendo del hospital tras haber asistido el exitoso parto de los gemelos Cartwright cuando vio a Ruth Davenport entrar por las puertas batientes acompañada de la señorita Nichol. Se dio media vuelta y alcanzó a las dos mujeres antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

Una vez hubo instalado a su paciente en una habitación individual, el doctor Greenwood convocó inmediatamente al mejor equipo de obstetricia que fue capaz de reunir en el hospital. Si la señora Davenport hubiera sido una paciente normal, la señorita Nichol y él hubieran asistido el parto sin necesidad de pedir ayuda extra. Sin embargo, tras un examen rutinario, se dio cuenta de que Ruth iba a necesitar una cesárea si querían que el niño naciera sin problemas. Miró al techo y elevó una plegaria silenciosa, muy consciente de que aquella sería su última oportunidad.

El parto duró poco más de cuarenta minutos. En cuanto vio la cabeza del bebé, a la señorita Nichol se le escapó un suspiro de alivio, pero hasta que el médico no cortó el cordón umbilical no se atrevió a añadir un «Aleluya». Ruth, que seguía bajo el efecto de la anestesia general, no pudo ver la sonrisa de alivio que surcaba el rostro del doctor Greenwood. Salió del quirófano a toda prisa para informar al expectante progenitor:

—Es un chico.

Mientras Ruth dormía plácidamente, fue la señorita Nichol la encargada de llevar a Fletcher Andrew a la unidad de cuidados intensivos, donde compartiría sus primeras horas de vida con otra progenie. Cuando metió al niño en su cunita, salió del nido, aunque lo miró antes de volver a la habitación de Ruth. La señorita Nichol se aposentó en un cómodo sillón de la esquina e intentó mantenerse despierta.

Justo cuando la noche comenzaba a tornarse en día, la señorita Nichol se levantó, sobresaltada. Oyó las palabras:

—¿Puedo ver a mi hijo?

—Claro que puede, señora Davenport —contestó la señorita Nichol, que se levantó a toda prisa del sillón—. Voy a buscar al pequeño Andrew. —Cuando cerró la puerta tras de sí, añadió—. Vuelvo en un momento.